

dibrio y mengua de nuestro glorioso nombre.

Pero volvamos al Padre Jacinto. A no dudarlo, el buen carmelita comprende que su union con el Estado, aunque haya sido un Estado tan republicano como Ginebra, daña hondísimamente á su ministerio y á su obra. Los sectarios son más intolerantes siempre y ménos ilustrados que sus maestros. El Padre Jacinto ha querido enseñarles que las obras religiosas deben brotar de la espontaneidad social, y no de la coaccion autoritaria, cuando querian á toda costa que el Estado persiguiera á sus antiguos correligionarios, y los amparara pródicamente á ellos. Querian además que les entregara el templo de Nuestra Señora, obra de los católicos ortodoxos, levantada con sus limosnas, resplandeciente de su espíritu, contraria desde las piedras hasta los cuadros al espíritu que anima á la nueva secta. Y querian que se obligase á los curas á prestar juramento á muchas leyes que nada se relacionan con la política y con las instituciones, á muchas leyes de carácter religioso, y por lo mismo incompatibles con sus sentimientos, con su conciencia, con toda su fé, con toda su vida. Querian inaugurar una campaña, una guerra religiosa, que ha repugnado al predicador, de fé en el poder de la palabra y al sacerdote, de fé en la virtualidad de las ideas. Querian llevarlo todo á sangre y á fuego. El Padre Jacinto se ha despedido de ellos y ha declarado que la Iglesia católica liberal de Ginebra ni es católica, ni es liberal, ni es Iglesia. Pero todos los hombres de recta conciencia echarán siempre en cara al Padre Jacinto haber aceptado en su propaganda el apoyo del Estado, al cual sólo debió pedirle garantías para la libertad. O la obra de la renovacion religiosa se verifica por la pura predicacion, ó no se verifica de ninguna manera. Bien es verdad que para cier-

tas obras se necesita, no solamente de la voluntad y del pensamiento de los evangelistas, se necesita encontrar disposicion y aptitud conveniente en los que vais á ser evangelizados. Cuando vino Cristo, los corazones se entregaban á la esperanza; las promesas mesiánicas se divulgaban desde Jerusalem hasta Alejandria; las gentes tomaban por redentor y por profeta al primero que iba al desierto y se ponía de rodillas y en penitencia; las ideas de Isaías relampagueaban en los versos de Virgilio; los profetas volvian á levantarse en sombras augustas por las colinas de Sion y las sibylas por las grutas de Cumas; lloraban las ondas del Mediterráneo, allá por el cabo Miseno, la muerte de los dioses que las habian hermoñado; y se abrian las puertas de los templos á un viento misterioso como los senos de la conciencia á misteriosas ideas; el Redentor no tenia más que presentarse para ser seguido y aclamado por las gentes. Lo mismo pasaba cuando vino Lutero. Tres siglos lo habian preparado. San Francisco habia hecho una leyenda para él; Savonarola y Juan Hus, habian muerto, el uno en la plaza de Florencia, el otro en las orillas del lago de Constanza, por prepararle el camino; los cismas de dos siglos lo habian justificado; los Concilios de Basilea, de Florencia lo habian traído; el mundo lo esperaba, y lo anunciaba el arte; y no tuvo más que presentarse y pronunciar la palabra Reforma para sublevar á la conciencia germánica contra la autoridad de Roma. Quizá nuestro siglo no está preparado para una obra así, y los defectos que encontramos en el evangelista, sean defectos de los evangelizados. De todos modos, el uno, y el otro, el reformador alemán y el reformador francés, sembrando muchos principios de libertad en la conciencia, han sembrado en el suelo muchos gérmenes de democracia y de República.

CAPITULO III.

DE LA CRECIENTE AGITACION REPUBLICANA EN FRANCIA.

Crecia, y crecia de una manera verdaderamente extraordinaria la agitacion democrática entre nuestros vecinos, los franceses. Tres causas principales concurrían á impulsar este movimiento: la convocatoria del Concilio que encrespaba las conciencias; el temor de una próxima guerra con Prusia que enardecia los ánimos, el triunfo de la revolucion española que daba esperanzas á los reformadores, á los revolucionarios, á los que estaban por los profundos cambios, mientras desesperaba á los que estaban por la quietud y por la estabilidad. En aquel verano de 1868 cometió el Emperador dos faltas políticas, que mostraban su debilidad personal, su decaimiento cuando solo estaba abandonado de alianzas á las eventualidades de la fortuna. Fué á Froges, y pronunció un discurso pacífico, mientras el Rey de Prusia pronunciaba en Kiel un discurso guerrero; fué á Biarritz, y decidió mostrar su alianza con la dinastía de los Borbones por medio de una aparatosa visita á San Sebastian mientras el trono de los Borbones se venia á tierra con

estrépito. En la recepcion tristísima que la familia imperial reinante consagró á la familia real destronada veian hasta los más imprevisores hondos presentimientos de una igual desgracia. Y nada hay tan tímido como los elementos conservadores, nada tan audaz como los elementos revolucionarios. Los elementos conservadores como quiera que su fuerza está en el reposo, se desconciertan al menor cambio; como repugnan la lucha, se desesperan al menor contratiempo; mientras que los elementos revolucionarios viven y crecen y se agrandan desmedidamente en el seno de las tempestades. Un trono suprimido, una dinastía destronada, un elemento de resistencia ménos en el mundo, un elemento más de revolucion; ¡qué fuerza para los reaccionarios y qué debilidad para los conservadores! Todos aquellos pueblos mal avenidos con sus dinastías, ó donde una parte considerable de los ciudadanos aborrece á sus dinastías, estudian los medios de destruirlas prontamente, los plagian de los pueblos vecinos, traducen su revolucion, imitan sus conjuraciones,

se alientan y se esperan. A los reyes les sucede todo lo contrario. ¿Qué monarquía se salvará, cuando caen así monarquías tradicionales, profundamente arraigadas en los pasados siglos? ¿Qué pueblo no se levantará cuando acababa de levantarse por la libertad de conciencia y contra la monarquía antigua el pueblo más tolerante y más monárquico de toda Europa?

El golpe tremendo debía resonar con mayor resonancia en el corazón de nuestros vecinos los franceses. Para una gran parte de ellos la dinastía napoleónica, asaltando en noche siniestra, nunca olvidada, la representación popular y la República constitucional, había triunfado materialmente, pero sin obtener jamás para este hecho la sanción íntima de la conciencia patria, profundamente herida é indignada. Así, en cuanto España volcó un trono, acrecentáronse allí los esfuerzos para derribar otro más arraigado y más alto. Llovieron felicitaciones sobre los españoles, menudearon las protestas de adhesión á nuestra política y los juramentos de imitar nuestro ejemplo. Michelet, cuyos libros son como un largo requisito contra la España tradicional, saludó entusiasmado á la España revolucionaria. Cremieux que se había retraído de la política desde el tremendo golpe de Estado del 2 de Diciembre, volvió con todas sus antiguas juveniles ilusiones al seno de la política. Las deserciones comenzaron en las filas del partido imperialista. Escritores ingeniosos, que habían provocado la risa de Francia contra los enemigos del Imperio, la hacían reír entonces á costa del Imperio. Todo esto decía cómo las esperanzas revolucionarias adelantaban, al mismo tiempo que la política de Napoleón decía cuánto la resistencia estaba retrocediendo. Los periódicos más audaces se publicaban impunemente, y si perseguidos eran, producía el castigo un estallido de entusiasmo por el castigado. Los clubs resonaban á una con siniestras palabras de amenaza. Oíase entonces más que el rodar de los caño-

nes, y el pisar de los caballos, y el crugir de las armas, y el vociferar de las legiones, con que Napoleón aterraba á Francia, el sonido de la campana revolucionaria que tocaba á rebato. La autoridad se le caía inevitablemente á pedazos de las manos. Sus propósitos de invocar la libertad, de volver á la democracia, de unir en torno suyo los elementos más avanzados dentro del imperialismo; el abandono de la dictadura, el llamamiento de las Cámaras á una cooperación eficaz en el gobierno, la vuelta forzosa á las tradiciones parlamentarias, todos los cambios proyectados y anunciados, demostraban que moría el Imperio, que, imaginando renovarse y rejuvenecerse, ¡ah! se suicidaba.

Cuando las instituciones decaen así, y se alzan así las conciencias, prueba evidente es de una transformación social tan necesaria y tan inevitable como las transformaciones del planeta. En estas crisis, un hecho, el más natural y el más sencillo, basta para producir un cambio profundísimo. En torno de aquel hecho, se juntan, se condensan otros muchos, que forman como el germen de un nuevo pequeño mundo, pronto á crecer y agrandarse al calor de las ideas. ¿Podía suceder cosa más sencilla que una suscripción pública en los periódicos republicanos? Y sin embargo, una suscripción pública en los periódicos republicanos fué causa de cambios profundísimos en los ánimos, de grande quebrantamiento en el gobierno. Acercábase el día 4.º de Noviembre de 1868, el día de los difuntos. Célébrase mucho en Francia la fiesta de los muertos. Los cementerios se llenan de peregrinos, las tumbas de coronas; las familias se congregan en torno de la tierra donde yacen los restos de sus parientes, la manifestación del recuerdo y del dolor tiene algo de teatral, pero el recuerdo mucho de vivo y el dolor mismo mucho de profundo. Las generaciones que viven, toman por raíces los huesos de las generaciones que han muerto, y que las unen estrechamente con los pasados tiempos. La

vida, que nos parece tan bella es oscurísima é impura, puesto que sobre los vivos recaen siempre los más adversos juicios; y la muerte, que tan asquerosa nos parece, es pura siempre, y siempre purificadora, puesto que toda venganza y toda injusticia se estrellan contra la losa de un sepulcro. El partido republicano tiene sus muertos ilustres. Por contradictorios que los juicios públicos sobre ellos hubieran sido durante el combate de la vida, acallábanse todos el día de la suprema victoria de la muerte. Estos nombres, estos recuerdos á todos interesaban igualmente, aun á sus mismos enemigos. Por eso era sábio y prudente concentrar en torno de un muerto lauros y laureles, sujetos á contradictorio juicio, si se hubieran concentrado sobre las sienes de un vivo. El partido republicano había querido honrar aquel mismo año los restos de un orador insigne, de un patriota ilustre, de un ciudadano intachable, de un proscrito mártir, de Daniel Manin, á quien todos queríamos y llorábamos, el restaurador de la República veneciana, prudente en la preparación de su obra, cauto en los peligros, resuelto en los combates, mesurado en el triunfo, estóico en la desgracia, sombra augusta de un pueblo bárbaramente inmolido, y que parecía llevar en su alma el alma de Venecia y presentarla triste y luctuosa pero sublime, con todos sus antiguos esplendores, á los ojos atónitos de Europa. El Imperio se asustó de esta manifestación, y los huesos del gran patriota fueron sacados de los cementerios de Francia como á hurtadillas para ser conducidos por los caminos de Italia como en triunfo, desde las cimas de los Alpes hasta las orillas del Adriático. Imposibilitada la manifestación republicana en torno de los restos de Manin, el mártir de la república véneta, se decidió otra manifestación republicana en torno de las cenizas de un hombre más oscuro, menos conocido del mundo, recordado á última hora por algunos amigos fieles, en torno de Baudin.

¿Quién era Baudin? El dos de Diciembre

B.

había Napoleón Bonaparte consumado uno de los crímenes más odiosos y más inútiles que recuerda la historia. El ejército se sustituye con su fuerza bruta á la santa majestad de las leyes. Los representantes, sorprendidos en el sueño, son arrastrados á la cárcel. Elévese á principio moral infame perjurio. Y en nombre de la victoria del hecho sobre el derecho se recaba el Gobierno, y se funda el Imperio. Alguno de aquellos representantes logra escapar á la persecución universal y reunir en torno suyo fuerzas populares para contrastar, si no con éxito, con dignidad, á la facción triunfante. Baudin estaba entre los que combatían con más ardor y concitaban al pueblo en pró de la Asamblea con más entusiasmo. El pueblo se mostraba indiferente y frío, en parte, por culpa de la Asamblea, porque la Asamblea había restringido el sufragio universal; pero principalmente por la venenosa educación del Imperio, que enseñaba el menosprecio del derecho, de la libertad, de la democracia, de la república, y el goce de los bienes materiales. Una prueba de esta perversa educación daba el grupo de trabajadores, situado á una de las esquinas del barrio de San Antonio, en la mañana del 3 de Diciembre, contestando á las imprecaciones de Baudin, que los conjuraba á defender la Asamblea: ¿y qué nos importan á nosotros tus veinticinco francos diarios? «Ahora vereis cómo se muere por veinticinco francos,» dijo el héroe, y corriendo á detener un pelotón del ejército, que en ademán hostil subía, cayó atravesado de balazos, muerto como por un rayo. Veinte años de Imperio habían demostrado con su larga tristísima experiencia que era mucho la libertad, mucho la democracia, mucho la república, y que no se pagaban muy caros los diputados celosos de la soberanía del pueblo, porque son siempre más caros los serviles cortesanos de los Césares. Una reacción grandísima se había verificado en el ánimo popular á favor de los héroes y de los mártires de la Re-

pública, y un homenaje público se preparaba sobre la tumba de aquel que podía personificarla con más títulos, porque ninguno excede á la gloriosa aureola del martirio.

El gobierno sabia que se preparaba la manifestacion y trató de evitarla. A consecuencia de estos intentos corrieron rumores de que se iban á cerrar los cementerios y á impedir las tradicionales visitas. Paris lanzó un grito de indignacion al ver que no le dejaban ni siquiera la libertad de llorar y de orar sobre los huesos de sus muertos. Comprendiendo Napoleon cuánto más fácil es herir las leyes que herir las costumbres, desistió de sus propósitos, y abriéronse los cementerios á las prácticas piadosas de unos, á las manifestaciones políticas de otros, al culto de todos. En el mismo cementerio donde reposaban las cenizas del mártir Baudin, reposaban tambien las cenizas del héroe Cavaignac. Sus numerosos admiradores y adeptos le habian levantado una tumba, sobre la cual tendieron su estatua yacente, fundida en bronce. Cavaignac era hermano del célebre general á quien tan rudamente combatieron los rojos de nuestro partido, en la prensa, en la tribuna, y en las calles, para conseguir por todo resultado que fuera elegido presidente el que llevaba entre sus recuerdos y sus timbres heredados el diez y ocho de Brumario. Era el Cavaignac enterrado en Montmartre, y esculpido en bronce, un jóven apasionado, ardiente, grande organizador, incansable en el trabajo, inaccesible al miedo, siempre en la brecha, guardador de las tradiciones políticas de su familia, toda entera consagrada á la República. Un día, poco despues de las jornadas de Setiembre, como Thiers lo llevara á ver á Luis Felipe, recién elevado á lugar-teniente del reino, para atraerle si era posible la juventud republicana y Luis Felipe dijera que seguiria una política en el fondo demócrata, aunque exenta de los crímenes de 1793, Cavaignac le interrumpió diciendo: «os advierto que mi padre fué convencional.»

«Tambien el mio,» respondió fria, pero intencionadamente Luis Felipe. «No quiero nada, decia luego Cavaignac, con un hombre que á los monárquicos les recuerda que su padre ha sido príncipe de la sangre, y á los republicanos miembro de la Convencion.» Cavaignac murió antes del gozoso advenimiento de la República, y antes tambien de las funestas divisiones del partido republicano. Su nombre, al revés del nombre de su hermano, era querido de todos. Así el periódico más exaltado de la democracia francesa, *El Reveil*, pudo decir el día 29 de Octubre de 1868: «Imposible impedir á un pueblo que se honre á sí mismo, honrando la memoria de aquellos que se han legado grandes ejemplos; de aquellos, que han consumido su vida en los combates por la libertad, como Godofredo Cavaignac, y de aquellos, que como Baudin, han muerto mártires en defensa de las leyes.» La historia de la muerte heroica y el nombre del mártir ignorado acababan de revelarse á los ojos de todos en libro, por sus dimensiones pequeño, por su doctrina y sus noticias grande, en libro de Tenot, el cual recordaba los hechos del dos de Diciembre á la generacion que sufría, indócil ya al yugo, sus torpes consecuencias.

Bajo estas prescripciones llegó el 2 de Noviembre de 1868. Los cementerios habian estado concurridísimos desde la tarde del día anterior, como es costumbre, pero sin que esta concurrencia excediera de la ordinaria en todos los años, ni tomara ningun grave aspecto. Algunos ciudadanos llegaron entre una y una y media de la tarde al cementerio de Montmartre. Despues de tanto debatir la manifestacion los periódicos, y de temerla tanto los gobernantes, no eran muchos los reunidos, aunque todos asaltados de igual entusiasmo. La tumba de Cavaignac se encuentra entre las primeras, y bien pronto se cubrió de ofrendas y coronas. Mas no era posible encontrar la de Baudin, perdida en aquel dédalo de sepulcros. Los manifestantes recorrían el vasto

espacio en todas direcciones sin dar con aquel buscado sitio del reposo de un mártir. Parecia que piedras puestas sobre tales huesos debían gritar como la esfinge antigua; que tierra alimentada de aquellas cenizas debía florecer en bosques de siempre-vivas; que el nombre de un mártir debía brillar en la losa como una estrella en el cielo. Pero nada se exenta á la vulgar uniformidad de la muerte. Los guardianes mismos del cementerio ignoraban aquella tumba ilustre. Neron, despues de haber aterrado al mundo, y muerto entre maldiciones, tenia un alma amiga, á quien acaso hubiera hecho algun bien, que depositaba todas las noches flores sobre su sepulcro. Lo que tuvo un tirano por el agradecimiento de los suyos, no lo ha tenido un mártir por la indiferencia de los de nuestros tiempos. No parecia la tumba del diputado Baudin, y los más instruidos en la historia del cementerio señalaban á los manifestantes la tumba del almirante Baudin. Por fin, uno de los más entusiastas y de los más empeñados en el hallazgo, dió con la humilde piedra y la sencilla inscripcion que señalaban los huesos de aquel grande hombre. Un grupo se reunió allí seguidamente, un grupo que no llegaba ni con mucho á cien personas. Mr. Quentin, periodista antiguo, republicano convencidísimo, emigrado largo tiempo, errante por tierra de América, hombre de ideas arraigadas y de probados servicios, pronuncia algunas palabras muy sentidas, en acento entrecortado y voz tomada de la emocion, acabando su breve arenga con los gritos de «Viva la libertad y viva la República,» repetidos por todos los circunstantes. Apenas se habian perdido en los aires aquellas palabras, tristes como cumplia á la austeridad de la muerte, sube sobre el primer monton que encuentra y que le sirve de pedestal y de tribuna, uno de esos energúmenos, tan frecuentes en nuestras grandes ciudades, que exagerando todas las ideas y vertiéndolas en violentísimo lenguaje, si no sirven á sabiendas la causa

los gobiernos reaccionarios, desirven torpemente nuestra causa; y con voz ronca, ademanes exagerados, actitud melodramática, dice que los allí reunidos van á conmemorar el sacrificio de un mártir asesinado por un poder todavia en el trono; que ninguno debe, pues, separarse en aquel día sin proponerse tomar venganza; que, invocando al cielo, promete y jura obtenerla pronta y cruentísima; que si se quiere saber su nombre político se llama pueblo y juventud; y si su nombre particular, arroja al aire su tarjeta para que dé en las narices de la policia. Y despues de decir todas estas locuras sin ningun sentido, saca y amartilla una pistola sin ningun objeto. Tras él, con mejor intencion ciertamente y con más cordura, aunque con escaso estro, Mr. Gaillard declama unos versos, que piden á la concurrencia la trivialidad de llorar bien al que supo morir bien. Pero el sitio es tan augusto, el recuerdo tan sagrado, la accion tan heroica, el nombre del mártir tan santo, que á pesar de todas estas ridiculeces, conmovido y agitado el público, no se aparta de aquel lugar sino al grito repetidísimo de «Viva la República.» Entonces, en el momento de separarse, uno de los asistentes promete volver el día 3 de Diciembre, y exige igual promesa á sus oyentes, entre los cuales hay quien grita: «Sirvanos de ejemplo y de incentivo este nombre en los días del próximo combate.»

Los más ardientes entre los republicanos apenas podían comprender cómo el mártir de la República no tenia un monumento que atestiguase su heroismo y que sirviese de estímulo y de ejemplo. La explicacion, sin embargo, era fácil. Triunfante el golpe de Estado, proscriptos los republicanos, maldicienda la República, ahogada toda manifestacion que pudiera recordarla, sobre la tumba de un hombre sacrificado en holocausto á la ley, no podían brotar más que venenosas horritas. Una corona de laurel, un ramo de siempre-vivas, un busto ó una estatua, al